

El impedimento.

El joven Tenorio despertó a una gran desgracia
cinta mañana de primavera. El mundo se le
reveló como una lindera: bonito, muy bonito,
demasiado bonito. He repetido bonito tres veces y
en grado ascendente, en una vocalina de cascabel
poudrativa. Los floripondios de los cuadros de
Sandro Boticelli estaban en todas las colgaduras
y vitillos: la cama en que yacía estaba rodeada
de once campanadas de reloj que bailaban a su
alrededor, en coro, con tencas, vestidas de blanco;
en el contiguo cuarto de baño se oían las
risotadas de las náyades del agua que desti-
paban sus botellas, — frías, calientes, frías, — con
un glu-glu que sofocaba la congoja de los
goifos.

— ¡Que bonito está todo! — dijo, él ya por su
cuenta. — ¿Por qué será tan bonito? ¿Por qué

2. / podria decirse esta mañana, y solo esta mañana
que no hay nada tan bonito como esto?

Y despues comprendio el significado de la palabra
- Si; bonito es lo que nos recetan con un cuarenta
por ciento de hermosura y un sesenta restante de
bondad. Bueno, buquito, bonito.

Despues, creo que aquello estaba mal concebido
que lo restante no debia ser el sesenta por ciento de
bondad, sino el cuarenta de belleza. Esto es lo
que hace tan desgraciado al hombre, en su relacion
con las bonituras, que nunca sabe cual ^{es} lo restante y
lo restante en las diferentes dosis de hermosura
y bondad. De esa inquietud derivan esos efectos
funestos que producen.

El joven Terencio razono prudentemente:

Cuando se comete el pecado de mezclar vino
con agua ¿que le falta al agua para ser agua?
¿que le falta al vino para ser vino? Pues le
falta en calidad, todo lo que en cantidad le

3/ Soha, ¿Por qué no me hace feliz una mañana
de bonito tan rubido?

Después pensó:

Quizá sea una advertencia providencial. Busca-
ré un remedio para volver el agua en vino.
Me casaré con Irma.

Entonces el coro de las cosas: la cama, las
sillas, los muebles, las cortinas, las porcelanas,
las pantallas, los tiradores, los grifos de níquel
corearon esa varueta del teatro de las sábanas
blancas con este estribillo: «Terencio, cástate
con Irma, Cástate con Irma, Terencio»

Las náyades del agua, aparecieron ^{con} una
brida de la camisa rota, vociferando que el
baño desbordaba. El pantalón, la americana
de Terencio, se indignaron reclamando su cuerpo,
y empezaron a dar vueltas por la habitación, como
dicen que lo hacen los fantasmas.

Tomen asiento. No faltaba más - les dijo el joven.

Después se hundió en la glanca librea, mientras los xilofones de los grifos daban las últimas notas. Las náyades del agua le hacían cosquillas en la nuca. Terencio rellenaba la oropatia del pan tostado con membrada y manteca, y lo engullía salpicado de alguna gotita.

Lo que tenía que hacer podía hacerlo. No siempre ocurre así en la vida. Debió comenzar a Irma que se casaban, que se casaban casquivana. Esto no hubiera sido tan fácil si Terencio no poseyera un traje ^{a rayas} ^{antes} ^{de nudo} estrenado seis días, unos cuellos dobles, una camisa color de conserva inglesa, sin estrenar, y una corbata con unos ojos en blanco sobre fondo azul, con un marchamo de cartón y plomo y un cordelito rojo y guapo, que parecía la medalla de la Academia de las corbatas.

5' Salio del baño. Dijo a las mayadas: Dejad que las ropas se sequen a mi.

A través de los cristales llegaba una indecisa luz vernal. Las acacias y los cantáridos en flor silbaban la primavera de Mendelshorn. El sol resbalaba en una atmósfera acutina como si las calles fumaran cigarrillos turcos. Y Terencio fue a casa de Irma.

— Si, la señorita Irma está. En el forador. Tendrá usted que esperar. Se advierte que no están en casa ni el papá ni la mamá ni los hermanos de la señorita.

— Preciso verla enseguida. Se trata de un grave asunto.

— Pero no habiendo personas de la familia, no puedo....

Irma, sonreía al sol, a la primavera de Mendelshorn, a las acacias floridas y se preguntaba: ¿Que es lo que parece mas a mi forador? ¿Una clinica o un laboratorio?

6.

Y consideraba sobre las laminas de cristal, los
bocaditos de pomadas, pastas, carmines, Kóhler, au-
les, lunares, polvos. Las limas, las púas, las
tijeras humedadas, los pulidores de uñas. Irma era
muy bonita. Tenía el cabello de un ^{castaño} mate tal
que podía pasar lo mismo por rubia que por
morena. Los dientes, prodigiosos. Unos ojos variables
de velocidad cromática, que se ponían del color
del cristal a que miraban.

— ¿Quién está ahí? ¿Terencio? — ¡Por qué
vienes a estas horas? Vete ahora mismo.

— Se trata de una gran catástrofe - vociferó
el joven desde el pasillo, acariciándose las alas
de la corbata

— Vuelve el sábado - dijo ella

— Se trata de nuestra felicidad. -

— No es hora

— Nada menos que de algo que va eulogicamente
de contento.

7.

- Perdona, Terencio. Me falta dos unhas por pintar. -
Ya me lo diras luego en el cine. Ya sabes, como
siempre, palco 17.

- Irma. por favor! si vengo a que me digas la
fecha que prefieres para nuestra boda

- Pasa. Terencio. pasa. Aqui mismo.

La doncella añadió:

- Pase usted. señorito. pase. usted. No faltaba más.
Tratándose de eso, los señores no se incomodarian al saber
que ha estado en el tocador de la señorita. -

Entró el joven con un rambo de manipos blancos
que le habian seguido por la calle, dejando a
los castaños floridos.

Irma batía palmas: ~~en serio~~
¿Bu serio? Bu serio?

- El. ni pestañear

- ¿Que dia señalas para nuestra boda

Irma, como un cagní, encendida, temblona, con.